

DISCURSO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO

DIARIO DE UN PRESENTIMIENTO

Ramón de la Vega

Antes de adentrarme en otro tipo de consideraciones más peregrinas, permitidme agradecer las palabras de Tulio Demicheli, antiguo y muy distinguido colaborador del periódico ABC, así como las de Juan y, a través de él, a Ediciones de la Discreta por la oportunidad que me ha ofrecido de publicar con ellos. Me atrevería a decir que al acogerme entre sus autores han hecho suyo el dicho castellano (algo alterado para la ocasión), de que lo *discreto no quita lo valiente* y confío que la acogida que los lectores concedan a este “Diario de un presentimiento” que hoy presentamos les recompense tanto por la discreción de la que habitualmente hacen gala como por su valentía al acoger a un nuevo escritor entre los suyos.

Dicho esto, y antes de que Ana Gracia nos deleite con su lectura de un extracto del libro, permitidme unas palabras no sobre mi libro, cuyo interés e importancia sólo podéis juzgar vosotros leyéndolo, sino sobre la literatura (aunque sea a través de mi relación con ella), que es lo que en definitiva venimos a celebrar aquí.

Mi dedicación a la literatura está vinculada en gran medida al apasionado y difícil mundo de las experiencias emocionales de la adolescencia. Fue entonces cuando decidí que sería

escritor y todavía hoy, pasados los años, sigo tomando fuerzas de aquella furtiva explosión de instintos, retos e incertidumbres en los que se me prometía tanto y ciertamente tanto se me dio, sin que por ello deba entenderse de ningún modo reconocimientos ni aplausos, pues nada de eso ha habido en estos años. Diría que la literatura me ha dado mucho más: me dio el precioso regalo del que hablaba Goethe, el de una vocación que nos acompaña y obsesiona a lo largo de toda una vida. Y me dio, andando el tiempo, cuando pude dedicarme en serio a ella, un deseo constante, una tensión casi cotidiana por decir finalmente lo que el instinto me empujaba a decir, y aún más: me dio una cierta inteligencia que seguramente de otra manera nunca habría poseído.

Me ha hecho sufrir, desde luego, y me ha hecho sentirme un estúpido y un impotente muchas veces, y han sido muchos años empeñado en aprender a escribir, pero he recibido a cambio algo que me complace mencionar especialmente ahora que presento este libro ante un público: un interés sincero por las experiencias ajenas, por la trama íntima de las vivencias de las personas, por sus combates y la confusión con que soportan las dos fuerzas contradictorias que llevamos siempre con nosotros, lo que se podría llamar el viejo universalismo griego y el individualismo moderno, esa dualidad permanente entre la certeza de formar parte de un destino común y el sueño tan arraigado de una individualidad absoluta, es decir, de un alma que no sólo cree sentir y vivir lo que otros no sienten ni viven,

sino que aspira además a ser única hasta el punto de que al desaparecer, con ella lo hace también una forma de ver y entender el mundo que no tiene su igual en ninguna otra persona.

Para los griegos cada hombre supone la representación de todos los hombres y el supremo valor se encuentra en lo universal, y sin embargo, a partir del pensamiento medieval cristiano, lo individual adquiere un valor propio decisivo, y cada persona pasa a ser una suerte de creación irrepetible capaz de verlo todo a través de su intuición y su profunda singularidad, una tendencia, por cierto, que en realidad no hacía sino limitarse a continuar el muy llorado papa Juan Pablo II al afirmar hace unos años que los gatos y los perros también tienen alma y por tanto, en el sentido cristiano, hay algo en cada uno de ellos que los hace únicos.

Hasta cierto punto, es sorprendente comprobar cómo el cambio de unas ideas fundamentales puede modificar nuestra percepción de las cosas, y en este caso concreto ese salto dice mucho de nuestra situación actual, pues mientras que el aguerrido héroe griego no conocía otra singularidad que la de sus actos exteriores y su ambición por permanecer en la memoria de los demás y de las generaciones venideras, a partir del cristianismo y sobre todo desde la última revolución romántica, todos somos singulares sin necesidad de luchar por ello (*ya hemos visto que incluso los gatos*): y por así decirlo,

nuestra singularidad es un regalo que se nos concede por el hecho de nacer^A.

Personalmente, creo que es en esta dualidad entre la singularidad y la universalidad, entre el valor de lo íntimo y la experiencia compartida, donde ha estado siempre la causa de mi interés por la literatura.

De hecho, como dije, mi deseo de ser escritor nace en la adolescencia, es decir, en ese período en el que la necesidad de afirmar nuestro *yo* es tan importante y tanto nos hace sufrir el contraste entre nuestros sentimientos y deseos y los deberes y exigencias ajenas. Vernos arrastrados por nuestras emociones y al mismo tiempo advertir que sobre ellas tratan de imponerse opiniones que difícilmente compartimos, suele convertir nuestra vida de aquellos años en una auténtica batalla campal contra el mundo, y también, desde luego, contra nosotros mismos: contra nuestra ignorancia, contra nuestra inexperiencia, contra nuestra incapacidad de vivir a la altura del romántico vértigo de absoluto que nos domina.

Nada hay a nuestros ojos más importante que el esfuerzo que realizamos por afirmarnos y nada más grandioso que esa mezcla de placer y dolor que nuestra propia intensidad nos procura, pero lo que quisiera destacar ahora es que es precisamente entonces, llevados por la necesidad de comprender y una curiosidad natural que nos incita a abrirnos para indagar en los relatos de otras vidas, en las invenciones

imaginarias o realistas que nos presentan escritores, vividores, místicos, poetas, historiadores, etc., cuando la literatura empieza a desempeñar el papel determinante para el que fue concebida.

En mi caso concreto, embebido en una individualidad soñadora y recelosa, convencido de que había siempre algo más necesario, más emocionante, más rico que no estaba viviendo, mi desconfianza de pequeño emperador de un reino propio encontró un magnífico antídoto en los libros. Diría que hastiado de la lucha interior, decidí buscar en ellos la lucidez para aquello que yo no conseguía comprender, y fue del trato con ellos como se fue imponiendo el interés hacia la manera en que se forma una personalidad, hacia los rasgos que la definen y lo que esa personalidad oculta, hacia la mezcla que hay en todos nosotros entre lo que somos y lo que pretendemos ser. Digamos que fue ya entonces cuando descubrí el placer (y espero que me perdonéis esta visión puramente estética) de sondear qué fue lo que motivó la ruina psicológica de uno o la creciente fortaleza de carácter de otro, qué fue lo que alentó el amor o el desamor, qué hace que unos quieran acabar con la vida y otros se aferren a ella con la violencia propia de una pasión siempre insatisfecha, un interés que, por supuesto, no hizo sino acentuarse cuando empecé a escribir.

El deseo de conocer mejor la complejidad del comportamiento y la red de deseos humanos no es ciertamente

exclusivo de los escritores por más que a estos les guste especialmente indagar en ellos, indagación que a veces se ha entendido como una falta de escrúpulos o una violación de la intimidad de las personas que les rodearon.

Pienso ahora en un episodio especialmente llamativo de ese consumidor insaciable de vidas ajenas que fue Lawrence, el autor de *El amante de Lady Chatterley*, quien, como tantas otras veces, se sirvió de la amistad que le prodigaba una familia para escribir un relato que giraba en torno a un episodio vivido con ellos (el accidente desafortunado de una de las hijas mientras paseaba por el campo), y en el que proponía un desenlace inquietante: la repentina muerte del padre durante la Primera Guerra Mundial.

Aquella exposición a los ojos del público de los caracteres de cada uno de los miembros de la familia, la mayor parte de las veces exagerados negativamente, fue acogida con la prohibición formal de que Lawrence volviera a pisar en la casa, pero lo peor estaba aún por llegar, pues poco antes del final de la guerra el padre muere realmente, el juego literario de Lawrence se había hecho realidad y la explosión de angustia, asombro y profunda desazón abatió a aquella familia para la que durante generaciones el sólo nombre del escritor se convirtió en un tabú cuya violación se pagaba con la expulsión del círculo de amistades para siempre.

Claro que éste no es más que el lado anecdótico y casi diría demasiado profesional del interés al que yo me estaba

refiriendo, y junto al uso de vivencias ajenas para recrear las aventuras de los personajes literarios del escritor, la literatura despierta también en aquellos que la practican, sea como lectores o creadores, un interés que podríamos denominar intelectual (aunque con ciertas gotas de una saludable moralidad), un interés que podría enlazarse con esa frase tan esclarecedora de Stendhal según la cual toda vida contada es siempre interesante; y hace tan sólo unas pocas semanas encontré un nuevo ejemplo que no me resisto a citar ahora.

Me encontraba de viaje por el sur de Italia y al entrar en una minúscula librería en una calle de Sorrento cercada por cientos de tiendas para turistas convencido de que no me encontraría más que con mapas, libros de viajes y algunos folletos sobre la zona, me sorprendió descubrir una pequeña joya que creo que nunca se ha editado en España: un libro de *Conversaciones* con el pensador rumano Cioran, un personaje sumamente singular que expresa con un estilo tan terso y brillante su odio a la vida que al terminar de leerle nos queda la impresión de que en realidad la ama como pocas personas.

Pero voy al grano. En una de las conversaciones recogidas en el libro, Cioran cuenta la anécdota de su encuentro con una de sus lectoras quien, al parecer, le había escrito previamente una carta muy elogiosa en la que se refería a él como su dios y el hombre más grande que había existido nunca, todo ello -merece la pena recordarlo-, tratándose de un libro con el título no poco

inquietante de “El inconveniente de haber nacido...”. Comprenderéis por qué Cioran dijo de ella que era una mujer muy especial.

Pero sea como sea, abrumado ante tanto fervor, el pensador rumano la invita a ir a charlar a su casa y no queriendo desaprovechar tan magnífica ocasión, la señora le contó durante las más de cinco horas que duró su monólogo, su vida entera sin ahorrarse ningún detalle, algunos de ellos, al parecer, extraordinarios y que, según aclara Cioran, con toda seguridad, la señora nunca había contado a nadie.

¿Es asombroso, no? ¡Cinco horas de pura confesión y desnudez ante un hombre que le era desconocido (al margen, por supuesto, de la gran intimidad subjetiva que cada uno podemos establecer con un libro) y ello, además, en un primer encuentro que los dos sabían que sería el último!

Pero volvamos al relato que nos hace Cioran y detengámonos en la reacción de éste. Según le confiesa a su entrevistadora, una vez que aquella mujer abandonó su casa, se sentía totalmente fascinado. Y desde luego que muchos de nosotros lo estaríamos también, aunque aquí lo importante es el por qué. Según las palabras de Cioran: “Aquella señora mayor me gustaba porque era alguien que estaba verdaderamente mal y porque me dijo cosas que no había contado ni contaría nunca a nadie. Fue un hecho excepcional, y si me pregunto qué es lo que más me gusta de la vida (*y aquí viene el meollo de lo que yo quería destacar*), son precisamente estos encuentros

excepcionales en los que se dice todo. Personas a las que cuento todo y me cuentan todo". Y Cioran termina diciendo: "En realidad, esos encuentros excepcionales son la única justificación de la vida y tal vez incluso el mayor éxito de la mía, si es que se puede hablar de éxito".

Caramba, es extraordinario, ¿no os parece? Quien niega todo sentido a la vida, un pensador que no se cansa de repetir que el mundo se encamina hacia un gran cataclismo provocado por las insensatas ambiciones de los seres humanos y que confiesa que le habría gustado ser testigo del Gran Diluvio universal, del momento en que la humanidad entera es aniquilada para siempre, quien piensa así, digo, cifra en un diálogo auténtico e intenso con otra persona el único sentido de la vida. Es extraordinario, o mejor aún, y esto es lo que aquí nos importa: es literario, profundamente literario.

Y es que creo en efecto que estas consideraciones de Cioran sólo cobran todo su sentido si pensamos en él como un pensador con una sensibilidad profundamente marcada por la literatura, es decir, como alguien que ha comprendido cabalmente el sentido que le fueron transmitiendo sus interminables lecturas de Shakespeare, Dostoievsky y tantos otros: la absoluta necesidad (y el íntimo placer) que tenemos de conocer y escuchar las otras voces que nos llegan del exterior, del gran mundo de voces que nos presentan (o deberían presentar) las obras literarias.

Por tanto, recapitulando todo lo que he dicho hasta ahora, lo que me gustaría destacar en estos pocos minutos que tengo es que en un mundo en el que durante siglos (ya hemos visto que alentados por el cristianismo, pero también por el romanticismo y el existencialismo^{B)} se fue reforzando la creencia en la supuesta singularidad de cada uno de nosotros y la importancia de nuestro mundo interior, no debemos olvidar el papel decisivo que puede jugar la literatura para contrarrestar los peligros emocionales de esa intransigente singularidad y sufrir o, si se prefiere, soportar mejor, todo lo que ésta implica, pues son las propuestas de la literatura, las indagaciones que ésta lleva a cabo en el entramado emocional de unos personajes concretos, las que más nos pueden facilitar el recorrido por nuestro propio territorio íntimo y con ello, *si tenemos suerte*, reconciliarnos con lo que sentimos.

La literatura no sólo puede salvarnos al permitir que nos conozcamos mejor y conozcamos mejor a los otros, sino que, además, nos ayuda a dilucidar con mejores razones hasta qué punto somos singulares, si es que lo somos realmente, y hasta qué punto un hombre (o una mujer) son todos los hombres o todas las mujeres.

En este sentido, y por poner el ejemplo de una lectura que recuerdo con especial cariño: si ese gran clásico que es *El Gran Meaulness* de Alain Fournier representa fielmente el mundo de sensaciones mágicas, el mundo de las enternecedoras simbiosis que puede alcanzar cualquier infancia con la vida y la fantasía,

¿acaso no nos estaría demostrando que en realidad todas *las infancias* son iguales? Claro que, al mismo tiempo, puesto que en él no se encuentra todo lo que hemos vivido, sentido, descubierto y soñado por nosotros mismos, ¿puede ni siquiera la más brillante obra literaria evitar que sigamos sintiéndonos como únicos e insistamos en concebir nuestra reconciliación con el mundo como una tarea imposible? ¿Con cuál de las dos posibilidades debemos quedarnos?

Personalmente, siempre he creído que la atracción que ejerce sobre nosotros la literatura o la fabulación, por utilizar una palabra que gustaba a Thomas Mann, se debe a su capacidad para satisfacer ambas posibilidades. Por una parte, da alas y concreta nuestra necesidad de singularidad e incluso lo que podríamos llamar el extremo de la singularidad que expresa bien aquel personaje de Dostoievsky: “¿Sabes lo que quiero?, leemos en *Apuntes de subsuelo*, que os vayáis todos al diablo. Necesito tranquilidad. Vendería el universo entero por unas pocas monedas si es que así consiguiera que me dejaran en paz. Que se hunda el mundo entero o bien que me dejen beber mi té. O mejor aún, ¡que se hunda el mundo si es que así puedo beber mi té!”. Pero si por una parte tenemos este desprecio del mundo por amor a los pequeños caprichos de uno, esta especie de estulticia en la visión de los otros, al mismo tiempo, la obra de ficción no deja de insistirnos sutilmente en la necesidad de reencontrarnos con ese mundo emocional que compartimos con

los otros^C. Por así decirlo, la literatura humaniza aun en los casos en que alimenta la fantasía del absoluto aislamiento.

Es de sobra conocida la importancia psicológica de la literatura, su papel como sanadora de almas, y basta recordar en este sentido el modelo que supone para la cura de lo que en la primera mitad del siglo XIX se llamaba los “secretos patógenos”, es decir, las heridas emocionales nunca aclaradas, pues mucho antes de las propuestas de los psicólogos y sus experimentos con la hipnosis para hacer salir el interior de las personas, la fantasía literaria ya se atrevía a decirlo todo, a expresar lo que realmente sentimos, vivimos, tememos, deseamos. Incluso una novela de aventuras como *Moby Dick*, cincuenta años antes de Freud, nos propone aquello que éste y su escuela no se cansarían de repetir: “Lo que nos gobierna no son tanto las cosas exteriores como las necesidades más íntimas de nuestro ser”.

De todos modos, es la propia psicología la que insiste en la utilidad de las obras literarias y en un librito muy interesante y divertido de Nicholas Humphrey, *La mirada interior*, el psicólogo inglés apela al ejemplo de una novela de Dickens por entregas para poner de manifiesto el papel fundamental que puede jugar la literatura en la medida en que gracias a ella los lectores se familiarizan con emociones que conocían mal y se refuerza su sensibilidad a los avatares propios y ajenos.

Y a propósito de Humphrey, si no recuerdo mal, fue en ese mismo libro en el que el psicólogo inglés proponía una

interesante teoría sobre el nacimiento de la conciencia como una respuesta de los primeros homínidos a la complejidad de la red de relaciones existente en el seno de sus rudimentarias sociedades, es decir, a la red de emociones y reacciones creada entre los miembros del grupo. Tanto tiempo juntos exigía la comprensión del otro para encauzar el entramado de tensiones, afectos y rivalidades que se iban creando y no había ningún instrumento más adecuado para ello que la conciencia.

Pues bien, si aceptamos que esto es cierto, ¿no nos estaría recordando dicha teoría la enorme importancia de la literatura, no nos mostraría con claridad que la literatura es la expresión última, digamos más civilizada, de ese impulso primero por comprender el interior de los comportamientos más cotidianos, por acercarnos a todo lo que afecta a los seres humanos como criaturas sociales o, utilizando una definición más acorde con lo que vengo diciendo, como seres que sueñan desde lo individual y se encuentran con lo universal?

Y ahora que vuelvo a la vieja dualidad con la que comencé estas palabras, me doy cuenta que ya llevo mucho tiempo hablando y debo terminar. No he dicho nada en concreto del libro que Ediciones de La Discreta me ha ofrecido presentar hoy aquí, aun cuando es evidente que las opiniones que he expresado en estos minutos reflejan la actitud que mantengo hacia la tarea de la literatura y por tanto el espíritu con el que he

escrito el libro, y precisamente en relación con esto, me permitiré una brevísima consideración.

En el texto que la editorial me pidió para la página de presentación en Internet, escribí una frase cuyo sentido no comprendí del todo y aún después de enviado me seguía dando vueltas en la cabeza. La frase era: “*Diario de un presentimiento* es una suerte de conspiración por parte de quien cree en una verdad que nos salva y una mentira que nos condena”.

Era una frase extraña, casi diría demasiado rotunda. ¿En qué parte de los relatos que componen el libro se expresaba esta tajante diferencia entre dos términos que, además, suelen ir más asociados a la moral que a la literatura?

Pues bien, es ahora cuando creo haberla comprendido por fin y me doy cuenta de que lo que he dicho aquí no era sino el intento de explicarme a mí mismo el sentido de esa frase, pues ¿qué otra explicación puede haber que la que he recogido en estas líneas: la verdad sobre nuestras emociones como aquello que da todo su sentido a la literatura, la verdad sobre el origen de los sentimientos que ella tanto nos ayuda a esclarecer, y frente a esta verdad, una mentira entendida como la ignorancia de esos sentimientos o mejor, como el intento obstinado por no reconocer que lo que sentimos puede estar marcando nuestro destino del mismo modo que marcó la vida de nuestros personajes?

Pero tal vez todo quede aún más claro si os leo las escasas líneas del texto:

“Si tuviera que definir de algún modo *Diario de un presentimiento* diría que es un libro en el que la aparente oscuridad emocional en la que se ven envueltos los personajes se ve iluminada, por paradójico que parezca, por la luz que sus propias emociones generan. El destino de los personajes que recorren sus páginas cumple con la única verdad que conozco en la literatura: la verdad emocional, la verdad que subyace a los actos y los determina cualquiera que sea la circunstancia en la que se encuentren esos personajes y cualquiera que haya sido el tiempo transcurrido desde que sus sentimientos se originaron y empezaron a marcar su destino. Los relatos de este libro son relatos nacidos de una necesidad que yo mismo desconocía hasta que se fueron escribiendo ante mis ojos, relatos que cumplen con viejos sueños literarios y tratan de responder a viejas deudas con algunos grandes autores que me enseñaron que no existe relativismo cuando una persona siente o sufre, busca o se interroga, que no existe error posible al concretar una opción entre todas las posibles para el mundo en el que se desenvuelven nuestros personajes porque también ellos están vivos y deben elegir irreversiblemente su curso, su carrera, su felicidad o su hundimiento”.

Y esto es todo.

Muchas gracias.

A En este sentido, es muy revelador que un 83% de los estadounidenses diga creer en Dios mientras que un 89% (es decir, más que los que dicen creer en él) sostiene que Dios los ama a título personal.

B Kierkegaard opone a la razón universal la fe irracional vivida individualmente y el filósofo existencialista ruso Leon Chestov escribe un libro “Atenas y Jerusalem” explicando la oposición que existe entre la verdad racional griega y la verdad singular de la existencia emocional de cada individuo.

C Y por seguir en la estela de la gran literatura rusa, no nos puede extrañar en este sentido que el mejor halago que el gran crítico ruso, Biéliniski, concibiera para definir la obra de Pusckin fuera decir que había enseñado la humanidad a los hombres. Sin ir más lejos, en el libro que estaba leyendo estos días, Moby Dick, de Melville, leemos: “Los hombres pueden parecer detestables tomados en sociedades y en naciones; en ellas pueden ser bribones, necios, asesinos; pueden tener caras viles y miserables, pero el hombre, como ideal, es tan noble y espléndido, es una criatura tan graciosa y radiante, que todos sus compañeros deberían precipitarse sobre cada mancha de ignominia para cubrirla con sus mantos más preciosos”. Y como haría más tarde un Walt Whitman, Melville habla de una dignidad humana que no es la dignidad de los reyes y los ropajes, sino una dignidad que resplandece en el brazo que levanta una pica o hunde una clavija: es esa dignidad democrática que en todos los hombres irradia incesantemente de Dios.